

Novela ganadora de los Premios UPC y Gigamesh.

EL COLECCIONISTA DE SELLOS

César Mallorquí



Primavera de 1939. Tras la muerte del general Franco en un atentado y la derrota de las fuerzas faccionasas en el frente del Ebro, el ejército republicano está a punto de ganar la guerra. Mientras, en un Madrid asolado por la contienda, un asesino en serie, apodado El Coleccionista, siembra de cadáveres la ciudad con el propósito de apoderarse de tres sellos de correos cuyo valor, pese a ser falsos, resulta incalculable. El comisario Telmo Vega, un policía solitario destrozado por la muerte de su esposa, intenta obsesivamente capturar al Coleccionista; lo que ignora es que no se enfrenta a un simple asesino, sino a fuerzas extraordinariamente poderosas, cuyo objetivo es cambiar el rumbo de la historia. Tras introducirse en un laberinto de mentiras, traiciones y prodigios, Vega deberá morir dos veces para poder salvar su vida.

Índice de contenido

Cubierta

El coleccionista de sellos

Introducción la Noche de San Silvestre

Primera Parte El Policía Triste

Segunda Parte El Policía Furioso

Tercera Parte El Policía Enamorado

Sobre el autor

La guerra terminaría si los
muertos pudiesen regresar

STANLEY BALDWIN

Introducción la Noche de San Silvestre

Melchor Barrera giró de nuevo la llave de contacto. El motor de arranque emitió un ruido mortecino, parecido al lamento de un animal enfermo, que se debilitó con rapidez hasta ahogarse, finalmente, en medio de un estertor metálico.

—¡Mierda! —masculló Barrera, mientras se reclinaba contrariado sobre el asiento de cuero.

Había comprado el coche más sofisticado y rápido del mundo, un Bentley de cuatro litros y medio con compresor, capaz de alcanzar los doscientos kilómetros por hora, lo había importado a España desde Inglaterra, lo había mantenido en perfectas condiciones durante meses y ahora, justo en ese momento, aquel armatoste no conseguía ponerse en marcha.

«La batería», pensó Barrera. Se había descargado. Y él no había previsto tener una de repuesto. Aunque quizá pudiera arrancar el motor con la manivela... Pero no, resultaría imposible mover manualmente los pesados pistones de aquel monstruo.

—¡Mierda, mierda, mierda...! —repitió, cada vez más exasperado.

Bajó del coche y pateó con irritación una rueda. Después de tanto tiempo diseñando hasta el menor detalle de aquel plan, ahora todo se venía abajo por una tontería. Respiró profundamente, intentando calmarse.

El sonido lejano de unos disparos le sobresaltó.

No, no eran disparos. Se trataba de los cohetes y petardos con que la gente celebraba el Año Nuevo. Barrera consultó su reloj: era la una menos cuarto de la madrugada. Aquel primero de enero de 1939 llevaba cuarenta y cinco minutos campeando en los calendarios y, por primera vez después de muchos años, ahora que el fin de la guerra estaba próximo, la gente volvía a celebrar con alegría una Nochevieja.

Sí, Madrid era una fiesta. Pero no allí, en aquel barrio del extrarradio, solitario y oscuro.

Barrera se apoyó en el capó del coche. Permaneció unos segundos pensativo, considerando cuáles iban a ser sus próximos pasos. Tenía que abandonar Madrid, eso era prioritario. Así que estaba obligado a utilizar su otro coche, un modesto Austin Ten, mucho menos potente y veloz que el Bentley. El problema residía en que el Austin estaba guardado en un garaje de la calle Quintana, cerca del Parque del Oeste, en el otro extremo de la ciudad, lo que suponía una larga caminata hasta llegar allí.

Suspiró. Más le valía ponerse en marcha.

Abrió de nuevo la portezuela del automóvil y sacó de su interior un portafolio de cuero negro. Se trataba de un maletín muy poco convencional: su estructura era de acero y estaba dotado de una cerradura de seguridad. Además, cerca del asa surgía una cadena de cuyo extremo colgaba un grillete parecido a los usados en las esposas. Barrera rodeó con él su muñeca izquierda y lo cerró. Bajo ningún concepto quería separarse de aquel maletín, cuyo contenido iba a convertirle en el hombre más poderoso del mundo.

Aferró con fuerza el asa y echó a andar. Toda precaución era poca, de modo que decidió dar un rodeo a través del solar donde se había alzado el viejo hipódromo. Ellos ya habían deducido la naturaleza de sus planes y, a esas alturas, debían de estar buscándole.

Sí, lo sabían. A fin de cuentas, le habían mandado una carta llena de advertencias: «No lo hagas, o todo se vendrá abajo...», «Estás poniendo en peligro el proyecto», «Devuelve lo que nos has quitado...». Incluso se permitían amenazarle de muerte: «No salgas de casa la noche del 1 de enero; si lo haces, tu vida correrá peligro...».

Barrera rió sin alegría. Pretendían asustarle, hacerle cambiar de idea; pero no, no iban a conseguirlo. Lo que él les había quitado era un prodigio, algo más valioso que todo el oro del mundo, algo que le iba a proporcionar un poder y una riqueza como jamás se había visto sobre la faz de la Tierra. Había necesitado mucho esfuerzo y dedicación para hacerse con ello. Había tenido que mentir y engañar. Incluso se había visto obligado a sabotear sus propias cápsulas... Así que no, ahora no iba a consentir que nadie se lo arrebatase.

La noche era fría, de modo que se subió las solapas del abrigo y aceleró el paso. Llegó a la calle Raimundo Fernández Villaverde y giró en dirección a la carretera de Chamartín y el Paseo de Ronda. A la derecha se alzaba la masa oscura de los pinares de la Cruz del Rayo. A su izquierda resplandecían las ventanas iluminadas de unos bloques de pisos. De una de ellas surgía el sonido de una radio, llevando a sus oídos la melodía de un villancico tradicional.

En el portal de Belén hay estrella, Sol y Luna,
la Virgen y san José y el Niño que está en la
cuna...

Barrera divisó frente a él los edificios de la Residencia de Estudiantes y, junto a ellos, el lugar donde hasta hacía pocos años se encontraba el hipódromo de La Castellana. En 1934, las autoridades decidieron derribarlo para construir en su lugar los nuevos ministerios, pero la guerra civil frustró ese proyecto y ahora, cinco años más tarde, del vie-

jo hipódromo no quedaba más que un solar pedregoso y vacío.

Silbando suavemente el villancico que acababa de escuchar, Barrera se internó en las sombras que cubrían aquel terreno lleno de escombros. Atravesándolo, y encaminándose después hacia la calle Ríos Rosas, podía ahorrarse un buen trecho. Y tenía prisa. Mucha.

Había avanzado unos cien metros por entre zanjas y montones de piedras cuando distinguió frente a él la silueta de un carro tirado por un burro. Estaba parado junto a una casamata y el único movimiento que se percibía era el de la cola del animal.

Barrera se detuvo instantáneamente. ¿Qué hacía un carro allí, a esas horas...? Quizá perteneciese al guarda de la obra, o, por el contrario, podía tratarse de chatarreros robando material de construcción.

En cualquier caso, Barrera decidió extremar la prudencia, de modo que sorteó el carro y caminó sigilosamente, pegado a una valla de madera carcomida. Dejó atrás el carro y miró en derredor. Aparentemente, allí no había nadie.

Barrera suspiró, aliviado. Se estaba dejando llevar por la imaginación, más le valía tranquilizarse. Continuó caminando en silencio, arrimado a la valla, hasta alcanzar la altura de los últimos tablones.

El lejano estampido de unos petardos resonó en la noche.

Entonces, súbitamente, alguien surgió de entre las sombras y agarró con violencia a Barrera por las solapas. Era un hombre hirsuto y mal encarado, de baja estatura pero recia complexión. El brillo helado de la hoja de un cuchillo destellaba en su mano derecha.

—¡Tate quieto, *julay!* —advirtió en tono amenazador—. ¡Dame to lo que lleves o te hincó el *filoso!*

Barrera abrió desmesuradamente los ojos y dio un paso atrás, intentando zafarse de su agresor. Instintivamente, aferró con las dos manos el portafolio.

«No», pensó; después de tanto esfuerzo no podía consentir que le quitaran su tesoro.

El desconocido agarró con fuerza el maletín y, dando un tirón, se lo arrancó de entre las manos. Pero Barrera estaba unido a aquella valija por una cadena de acero, de modo que se vio violentamente impulsado hacia delante, chocando contra el hombre. Éste se revolvió y tiró nuevamente del maletín. Barrera, zarandeado, comenzó a gritar pidiendo socorro.

—¡*Achanta la muy, joputa!* —gruñó el desconocido—. ¡Y suelta el petate te dicho, mira que te rajo, cabrón...!

Pero Barrera continuó gritando.

Entonces el cuchillo se alzó por encima de sus cabezas, deteniéndose un instante en el aire para luego precipitarse velozmente, primero hacia abajo y luego hacia arriba, describiendo un letal arco de luz. La afilada hoja de acero traspasó casi sin resistencia los músculos del estómago de Barrera y atravesó los intestinos hasta clavarse en la espina dorsal.

Barrera enmudeció instantáneamente. Sus ojos se desorbitaron mientras la boca se le llenaba de sangre. Sin proferir un lamento, se desplomó sobre el suelo.

Una nueva traca de petardos resonó en la lejanía.

Las notas de un villancico llegaron apagadas por la distancia.

Noche de paz,
noche de luz;
ha nacido Jesús...
Pastorcillos que oís anunciar,
no temáis cuando entréis a adorar,
que ha nacido el amor...

Un individuo surgió del interior del carro. Se llamaba Eutimio Capeche y era primo hermano de Zacarías Capeche, el hombre que acababa de poner fin a la vida de Mel-

chor Barrera. Ambos pertenecían al clan de los «Capeches», una numerosa familia de quinquis dedicada al robo de chatarra y quincalla, así como a toda suerte de actividades delictivas.

Eutimio se aproximó al cuerpo de Barrera y se inclinó para examinarlo.

—Le has *apiolao*, animal —dijo, volviéndose hacia su primo—. Tenías que *achorarle*, no darle *matarile*...

Zacarías Capeche se encogió de hombros mientras limpiaba con un trapo la ensangrentada hoja de su cuchillo.

—Se puso a *bufetar* y había que callarlo —dijo, en tono de excusa—. ¿Qué querías *qu'iciese*...? Amas, no soltaba el petate.

Eutimio cogió del suelo el maletín y tiró de él. La cadena tintineó y se tensó. El exánime brazo de Barrera se movió de un lado a otro, como si aquel cadáver fuera una sinistra marioneta y el quinqui un titiritero.

—¿Cómo lo va a soltar, *jodio*? ¿Noves que va *atao* al maletín?

—¡Coño! —exclamó Zacarías, inclinándose hacia delante—. Seguro que ahí lleva *baribú* de *parné*... ¿Qué amos a hacer...?

—Meterlo *pal* carro, no vaya a ser que venga alguien. —Eutimio cogió el cuerpo de Barrera por las axilas y se volvió hacia su primo—. ¡Vamos! ¡Echa una mano, *pasmao*...!

Entre los dos metieron el cadáver en el interior del carro, depositándolo sobre un montón de hierros oxidados. Eutimio rebuscó en los bolsillos del traje de Barrera hasta encontrar la cartera. Con una sonrisa, le mostró a Zacarías su contenido.

—¡Mira, primo: dólares, como en las películas! —Agitó el fajo de billetes—. ¡El *julay* estaba *forrao*!

Pero Zacarías apenas le hizo caso, afanado como estaba en intentar abrir el maletín con una palanqueta.

—Esto no hay quien lo reviente —masculló, luchando en vano contra la cerradura—. Vamos a tener que *aserrar* la ca-

dena... —Permaneció unos instantes pensativo y añadió—: O mejor el brazo, *ques* más blando...

—Mira que eres bruto, *quiyo* —murmuró Eutimio. Se inclinó sobre el cadáver y volvió a registrar las vestimentas de Barrera. En el bolsillo del chaleco encontró una pequeña llave. Se la tendió a su primo—. Anda, prueba con esto, *ji-lí*...

Zacarías, malhumorado, cogió la llave de un manotazo y la introdujo en la cerradura. El pestillo saltó con un leve «clíc». Abrió la tapa y contempló el interior del maletín.

Estaba completamente vacío. Salvo por un pequeño sobre blanco.

Zacarías lo cogió y miró incrédulo lo que contenía.

—¿Pero qué mierda es esto...? —masculló.

Zacarías Capeche había puesto todas sus esperanzas en aquel portafolio. Pensaba, no sin razón, que si un hombre va encadenado a un maletín es porque ese maletín debe contener algo realmente valioso. De modo que esperaba encontrar alhajas o dinero, pero nunca un botín tan miserable.

—¡Maldita sea...! —gruñó.

Y se disponía a arrugar aquel estúpido sobre y su aún más estúpido contenido, cuando su primo se lo arrebató de entre las manos.

—Tranquilo, hombre —dijo Eutimio—. Esto puede valer mucha *guita*.

—¿Esa mierda...? ¡No jodas!

—Sí, primo. Hay quien paga muchos *charneles* por cosas así, y yo sé dónde podemos venderlo... —Se guardó el sobre en el bolsillo, junto a los billetes. Acto seguido saltó al pescante del carro y azuzó al burro—. Ahora varaos a buscar una calera para deshacernos del fiambre, que, como sigamos así, va a empezar a *funguelear*...

El animal se puso en marcha con paso cansino y, lentamente, traqueteando y bamboleándose, el carro se perdió en la oscuridad.

Así fue como Melchor Barrera, el hombre que estaba destinado a alcanzar más gloria y poder que ningún otro en la Historia, desapareció para siempre de la faz de la Tierra.

Y las piezas del juego comenzaron a desplegarse sobre el tablero.

Primera Parte

El Policía Triste

Era el cadáver más pulcro y elegante que Telmo Vega hubiera visto jamás.

Es cierto que el agujero de bala en la cabeza del anciano y el charco de sangre coagulada que se extendía sobre el entarimado prestaban a la escena un aire decididamente siniestro; sin embargo, tan macabros detalles no lograban restar ni un ápice de distinción a aquel cuerpo inmóvil y frío.

El comisario Vega dio una vigorosa calada a su cigarro, intentando mantenerlo encendido. La guerra estaba a punto de concluir, pero ello no parecía afectar a la calidad del tabaco que se distribuía en Madrid, una picadura infecta con más estacas que hebras. Oh, por supuesto, a Vega le hubiera resultado sencillo valerse de su condición de policía para obtener tabaco rubio americano en el mercado negro; pero hacer uso de aquellos pequeños privilegios le hubiera parecido un comportamiento mezquino, así que se resignaba a seguir inhalando aquel forraje seco y pajizo que los encargados del racionamiento tenían la humorada de llamar tabaco.

Exhaló una bocanada de humo y se inclinó sobre el cadáver. Se trataba de un anciano de aspecto venerable, próximo a los setenta años, con el pelo cano y una blanca y bien recortada barba enmarcando su noble rostro. Vestía una camisa de seda clara, con un lazo negro anudado en torno al cuello, pantalón de tweed y zapatillas de lana. Se

cubría con una bata de franela, larga hasta los tobillos. A decir verdad, para tratarse de un muerto tenía un aspecto excelente.

Vega se puso en cuclillas y examinó las manos del cadáver. Dedos delgados y rectos, uñas bien cuidadas y limpias, sin manchas hepáticas ni arrugas. «Manos de joven en un cuerpo viejo», pensó el comisario. En cualquier caso, aquel hombre nunca se había ganado la vida con un oficio manual.

—Hola, jefe... —dijo una voz a su espalda.

Vega giró la cabeza y contempló la figura menuda del inspector Navarro, un hombre de treinta y tantos años, de baja estatura, delgado y fibroso. Tenía el pelo ondulado y un fino bigote que, según decían, le daba un notable parecido al actor norteamericano Ronald Colman. Vega se incorporó.

—Buenos días, Ángel... —Señaló con un cabeceo al cadáver—. ¿Quién es nuestro amigo?

Ángel Navarro sacó del bolsillo interior de su abrigo un cuaderno de notas y le dio un rápido vistazo.

—Se llamaba Luis Carlos de Andrade, conde de Lemos, vizconde de Betanzos, caballero de la Orden de Calatrava, Caballero Hijodalgo de la Nobleza de Madrid... En fin, el viejo tenía más pedigrí que un caballo de carreras.

—¿Quién lo encontró?

—La criada. Andrade vivía solo, pero una asistenta... —Consultó de nuevo el cuaderno de notas—. Carmela García, se ocupaba de la casa. Venía todos los días, de ocho a seis. Esta mañana, la buena mujer llegó dispuesta a quitar el polvo y se encontró a su señor criando malvas, ahí donde le ves.

—Ya... —Vega examinó la habitación, un despacho de estilo inglés lujosamente amueblado, con las paredes cubiertas de librerías de madera repletas de volúmenes y las ventanas ocultas tras cortinajes de terciopelo rojo oscuro—. ¿Cuál es el móvil? ¿Robo...?

—Quién sabe, jefe. Puede que se trate de un robo, pero en la casa hay objetos de valor que nadie se ha llevado.

—Quizá tuviera dinero guardado. Tal vez divisas... Este hombre no parece pobre.

—Antes era rico, pero la guerra lo arruinó. Por lo visto, ahora sobrevivía a base de vender poco a poco sus objetos de valor. Las joyas de su difunta mujer, antigüedades, cuadros... —Navarro sonrió con ironía—. La decadente aristocracia alimentándose de sus propios despojos. Un buen ejemplo del porvenir que les espera a los fascistas.

Vega suspiró. Eran las nueve y media de la mañana, todavía no había desayunado y no tenía las menores ganas de escuchar una de las vehementes arengas republicanas a que tan aficionado era su subalterno. Dio una nueva calada al cigarro, pero la brasa se había apagado. Contempló la colilla, sin saber qué hacer con ella. Finalmente la guardó en el bolsillo del abrigo.

—Así que un aristócrata... —comentó—. Entonces puede tratarse de un crimen político...

—Quizá... —Navarro se encogió de hombros—. Aunque, al parecer, el viejo no estaba metido en política. Era un monárquico hijo de puta, claro, y al comienzo de la guerra estuvieron a punto de darle el paseo. Pero resultó que uno de sus parientes era íntimo de Largo Caballero, y eso le salvó el culo. Estuvo unos días en la cárcel y luego le mandaron de vuelta a casa. Ahora apenas salía y casi nunca recibía visitas. Por lo visto, era un solitario...

—¿Y tú cómo sabes todo eso...?

—Me lo ha contado la portera. —Navarro sonrió abiertamente—. Una mujer encantadora, deberías conocerla, jefe. Se sabe de pe a pa la vida y milagros de todo el vecindario.

Vega se frotó los ojos con cansancio. A veces tenía la sensación de que la mayor parte de su trabajo se reducía a charlar con las porteras. Cotilleos, chismes, habladurías, murmuraciones... Era como hurgar en los cubos de basura.